ODA I.

De un pajarito.

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado
Víle muy congojado
Por tal atrevimiento
Dar mil quejas al viento,
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía
Esforzando el intento,
Mil quejas repetía;
Ya cansado callaba;
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvia :
Ya circular volaba,
Ya rastrero corria,
Ya pues de rama en rama
Al rústico seguia,
Y saltando en la grama
Parece que decia :
Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía :
Y que le respondia
El rústico : no quiero.

D. Estevan Manuel de Villegas.

ODA II.

Al sueño.

Tú, mudo esposo de la noche umbria
¡Oh padre del sosiego,
Sueño consoládor! ¿porqué te niegas
A mi lloroso ruego?
¿Porqué á mis sienes con piedad no llegas?

Y no que lento y vagoroso bates
Lejos de mí tu desmayado vuelo,
Y esparces en el suelo
La niebla del balsámico rocio,
Con que el dolor serenas
Y el vivo afan de las acerbas penas.
Duélete ¡oh sueño! al contemplar las mias;
Suspende ¡ay Dios! suspende
Por un momento el velador cuidado,
Y en él tu velo vaporoso tiende.
¿No bastan, dí, para penar los dias?
Mi espíritu rendido
A tanta agitacion, mi triste pecho
De palpitar cansado,
Y en ansia y fuego el corazon deshecho
Tu celestial venida
Imploran ¡ay! á restaurar mi vida.
Para obligarte, en vano
Mezclarme quise al alborozo insano
Del ruidoso festin, y la ancha copa
Henchí tres veces de espumoso vino.
Tres veces la apuré sediento y ciego
Pero en mi yerta boca
Se heló la risa, y se tornó en gemido.
Y el ardiente licor que entró en mi seno,
En vez de dar á mi dolor reposo,
Raudal fue impetuoso
De hiel ingrata y ponzoñosa lleno.
Facil un tiempo mi clamor oías,
Y blandamente en derredor volabas;
Y halagüeño doblabas
La gloria de mis dias,
Que tú en la noche á redoblar venias.
¡Oh ilusiones de bien! ¿donde habeis ido?
¿Tal vez á no tornar? Tal vez si ahora,
¡Oh sueño! has de venir, vendrá contigo
A atormentarme airada :
Del bien perdido la doliente idea :
Mas ven, sueño, á mi voz, aunque asi sea.
Ven, que ya las dos osas
Al ocaso avecinan
Su refulgente carro, y presurosas

Las centellantes pléyadas se inclinan.
La luna fatigada
Se retira hácia el mar, y ya la aurora
Precipita la hora
Que anuncia en el oriente
Su trémulo esplendor. ¡Ay! vendrá el dia,
Vendrá, y mis ojos de velar cansados,
Su luz no sostendrán ni su halegria,
¡Ríndete á compasion, sueño precioso,
Tu nectar delicioso
Mi triste frente halague,
Y blando, y dulce, y regalado vague...
¿Me escuchas? ¡oh favor! ya desmayados
Mis sentidos fallecen,
Mis miembros se entorpecen,
Mis párpados se agravan,
Las penas mismas su inclemencia fiera
Con tu presencia acaban:
¡Quien de ellas libre al despertar se viera!

D. Manuel Jose Quintana.

ODA III.

Profecia del Tajo.

Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Caba en la ribera
Del Tajo sin testigo;
El pecho sacó fuera
El rio, y le habló de esta manera:
En mal punto te goces,
Injusto forzador; que ya el sonido,
Y las amargas voces,
Y ya siento el bramido
De Marte, de furor y ardor ceñido.
Aquesa tu alegria
¡Que llantos acarrea! aquesa hermosa,
Que vió el sol en mal dia,
Al Godo, ¡ay! ¡cuan llorosa!
Al soberano cetro, ¡ay! ¡cuan costosa!
Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males
Entre los brazos cierras,
Trabajos inmortales
A tí y á tus vasallos naturales:
A los que en Constantina
Rompen el fertil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, á Lusitaña,
A toda espaciosa y triste España.
Ya dende Cádiz llama
El injuriado Conde á la venganza
Atento, y no á la fama,
La bárbara pujanza,
En quien para tu daño no hay tardanza.
Oye que al cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera,
Que en Africa convoca
El moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.
La lanza ya blandea
El Arabe cruel, y hiere al viento,
Llamando á la pelea:
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.
Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desparece
La mar, la voz al cielo
Confusa incierta crece,
El polvo roba el dia y lo oscurece.
¡Ay¡ que ya presurosos
Suben las largas naves! ¡ay! que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden!
El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el Hercúleo estrecho
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da á la armada.
¡Ay triste! ¿y aun te tiene
El mal dulce regazo? ¿ni llamado
Al mal que sobreviene
No acorres? ¿ocupado

No ves ya el puerto de Hércules sagrado?
Acude, acorre, vuela,
Traspasa la alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No dés paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.
Ay¡ cuanto de fatiga
¡Ay! cuanto de sudor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
A hombres y á caballos juntamente!
Y tú, Betis divino,
De sangre agena y tuya amancillado
Darás al mar vecino,
¡Cuanto yelmo quebrado!
¡Cuanto cuerpo de nobles destrozado!
El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena,
Igual á cada parte:
La sesta ¡ay! te condena,
O cara patria, á bárbara cadena.

D. Fray Luis de Leon.

ODA IV.

A la batalla de Lepanto.

Cantemos al Señor que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero.
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra
Salud y gloria nuestra:
Tú rompiste las fuerzas y la dura
Frente de Faraon feroz guerrero.
Sus escogidos Príncipes cubrieron
Los abismos del mar, y descendieron
Cual piedra en el profundo, y tu ira luego
Los tragó como arista seca el fuego.
El soberbio tirano confiado
En el grande aparato de sus naves,
Que de los nuestros la cerviz cautiva,
Y las manos aviva
Al ministerio injusto de su estado,

Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros mas escelsos de la cima:
Y el árbol que mas yerto se levanta
Bebiendo agenas aguas, y atrevido
Pisando el bando nuestro y defendido.
Temblaron los pequeños confundidos
Del impio furor suyo: alzó la frente
Contra tí, Señor Dios, y con semblante
Y con pecho arrogante
Y los armados brazos estendidos
Movió el airado cuello aquel potente.
Cercó su corazon de ardiente saña
Contra las dos Hesperias que el mar baña,
Porque en tí confiadas le resisten,
Y de armas de tu fe y amor se visten.
Dijo aquel insolente y desdeñoso: —
¿No conocen mis iras estas tierras
Y de mis padres los ilustres hechos?
¿O valieron sus pechos
Contra ellos con el Ungaro medroso
Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿Quien los pudo librar? ¿quien de sus manos
Pudo salvar los de Austria y los Germanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
Guardallos de mi diestra vencedora?
Su Roma temerosa y humillada
Los cánticos en lágrimas convierte:
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan
Cuando vencidos mueran.
Francia está con discordias quebrantada,
Y en España amenaza horrible muerte.
Quien honra de la Luna las banderas
Y aquellas en la guerra gentes fieras
Ocupadas estan en mi defensa;
Y aunque no, ¿quien hacerme puede ofensa?
Los poderosos pueblos me obedecen
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,
Y me dan por salvarse ya la mano:
Y su valor es vano;
Que sus luces cayendo se oscurecen,
Sus fuertes á la muerte ya caminan,
Sus vírgenes estan en cautiverio,

Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.
Del Nilo á Eufrates fértil é Istro frio
Cuanto el sol alto mira, todo es mio. —
Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osado estima
Prevaleciendo en vanidad y en ira,
Este soberbio mira
Que tus aras afea en su victoria.
No dejes que los tuyos así oprima,
Y en sus cuerpos cruel las fieras cebe,
Y en su esparcida sangre el odio pruebe:
Que hechos ya su oprobio, dice ¿donde
El Dios de estos está? ¿de quien se esconde?
Por la debida gloria de tu nombre,
Por la justa venganza de tu gente,
Por aquel de los míseros gemido
Vuelve el brazo tendido
Contra este que aborrece ya ser hombre,
Y las honras que celas tú consiente.
Y tres y cuatro veces el castigo
Esfuerza con vigor á tu enemigo,
Y la injuria á tu nombre cometida
Sea el hierro contrario de su vida.
Levantó la cabeza el poderoso
Que tanto odio te tiene: en nuestro estrago
Juntó el consejo, y contra nos pensaron
Los que en él se hallaron.
Venid, dijeron, y en el mar ondoso
Hagamos de su sangre un grande lago,
Destruyamos á estos de la gente,
Y el nombre de su Cristo juntamente,
Y dividiendo de ellos los despojos,
Hártense en muerte suya nuestros ojos.
Vinieron de Asia y portentosa Egipto
Los Arabes y leves Africanos,
Y los que Grecia junta mal con ellos
Con los erguidos cuellos,
Con gran poder y número infinito;
Y prometer osaron con sus manos
Encender nuestros fines y dar muerte
A nuestra juventud con hierro fuerte,
Nuestros niños prender y las doncellas,

Y la gloria manchar y la luz de ellas.
Ocuparon del piélago los senos
Puesta en silencio y en temor la tierra,
Y cesaron los nuestros valerosos,
Y callaron dudosos,
Hasta que al fiero ardor de Sarracenos.
El Señor eligiendo nueva guerra,
Se opuso el Joven de Austria generoso
Con el claro Español y belicoso.
Que Dios no sufre ya en Babel cautiva
Que su Sion querida siempre viva.
Cual leon á la presa apercibido
Sin recelo los ímpios esperaban
A los que tú, Señor, eres escudo,
Que el corazon desnudo
De pavor, y de fe y amor vestido,
Con celestial aliento confiaban.
Sus manos á la guerra compusiste,
Y sus brazos fortísimos pusiste
Como el arco acerado, y con la espada
Vibraste en su favor la diestra armada.
Turbáronse los grandes, los robustos
Rindieronse temblando y desmayaron:
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,
Como la arista queda
Al ímpetu del viento, á estos injustos
Que mil huyendo de uno se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas cuya llama
En las espesas cumbres se derrama,
Así en tu ira y tempestad seguiste,
Y su faz de ignominia convertiste.
Quebrantaste al cruel dragon, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas
Y sus brazos terribles no vencidos,
Que con hondos gemidos
Se retira á su cueva, do silvando
Tiembla con sus culebras venenosas
Lleno de miedo torpe en sus entrañas,
De tu leon temiendo las hazañas,
Que saliendo de España dió un rugido
Que le dejó asombrado y aturdido.
Hoy se vieron los ojos humillados

Del sublime varon y su grandeza;
Y tu solo Señor fuiste exaltado:
Que tu dia es llegado,
Señor de los ejércitos armados,
Sobre la alta cerviz y su dureza,
Sobre derechos cedros y estendidos,
Sobre empinados montes y crecidos,
Sobre torres y muros, y las naves
De Tiro que á los tuyos fueron graves.
Babilonia y Egipto amedrentada,
Temerá el fuego y la hasta violenta,
Y el humo subirá á la luz del cielo:
Y faltos de consuelo
Con rostro oscuro y soledad turbada
Tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza
Egipcia, y gloria de su confianza,
Triste! que á ella pareces no temiendo
A Dios y á tu remedio no atendiendo.
Porque ingrata tus hijas adornaste
En adulterio infame á una impia gente
Que deseaba profanar tus frutos,
Y con ojos enjutos
Sus odiosos pasos imitaste,
Su aborrecida vida y mal presente;
Dios vengará sus iras en tu muerte,
Que llega á tu cerviz con diestra fuerte
La aguda espada suya: ¿quien, cuitada,
Reprimirá su mano desatada?
Mas tú, fuerza del mar, tú, escelsa Tiro,
Que en tus naves estabas gloriosa
Y el término espantabas de la tierra,
Y si hacias guerra
De temor la cubrias con suspiro;
¿Como acabaste fiera y orgullosa?
¿Quien puso á tu cabeza daño tanto?
Dios para convertir tu gloria en llanto
Y derribar tus ínclitos y fuertes,
Te hizo perecer con tantas muertes.
Llorad, naves del mar, que es destruida
Vuestra vana soberbia y pensamiento.
¿Quien ya tendrá de tí lástima alguna,

Tú que sigues la Luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
¿Quien mostrará un liviano sentimiento?
¿Quien rogará por tí? Que á Dios enciende
Tu ira y la arrogancia que te ofende,
Y tus viejos delitos y mudanza
Han vuelto contra tí á pedir venganza.
Los que vieron tus brazos quebrantados,
Y de tus pinos ir el mar desnudo
Que sus ondas turbaron y llanura,
Viendo tu muerte oscura
Dirán de tus estragos espantados:
¿Quien contra la espantosa tanto pudo?
El Señor que mostró su fuerte mano
Por la fé de su Príncipe Cristiano
Y por el nombre santo de su gloria,
A su España concede esta victoria.
Bendita, Señor, sea tu grandeza,
Que despues de los daños padecidos,
Despues de nuestras culpas y castigo,
Rompiste al enemigo
De la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, los escogidos,
Confiese cuanto cierra el ancho cielo
Tu nombre, oh nuestro Dios, nuestro consuelo,
Y la cerviz rebelde condenada
Perezca en bravas llamas abrasada.

D. Fernando de Herrera.

ODA V.

A la verdad.

Ven, mueve el labio mio,
Angélica verdad, prole dichosa
Del alto cielo, y con tu luz gloriosa
Mi espíritu ilumina.
Huya el error impío,
Huya á tu voz divina,
Cual se despeña la tiniebla oscura
Del albo dia ante la llama pura.
No desdeñes mi ruego;

Que hasta aqui siempre cariñosa oiste,
Tú, que mi númen soberano fuiste,
Y encanto delicioso :
Que deslumbrado y ciego
Se lanza presuroso
Del pestilente vicio en la ancha via
El mortal triste, á quien tu luz no guia.
Mas aquel que clemente
Miras con blanda faz, en tu belleza
Absorto alzarse á tu inefable alteza
Ansia con feliz vuelo :
Y hollando osadamente
Cuanto el mísero suelo
Mentido bien solícito atesora,
Su ilusion rie, y tu deidad adora.
Tu deidad que tremenda
La mente turba del feroz tirano,
Y hace que el grito que su orgullo insana
Arranca al oprimido,
Despavorida atienda
Su oreja entre el lucido
Estrépito en que el aula le adormece,
Y un vil incienso por do quier le ofrece.
Mientras con amorosa
Plácida diestra de los tristes ojos
Limpias el llanto, y calmas los enojos
Del infeliz opreso,
Aliviando oficiosa
El rudo indigno peso
Que oprimir puede la inocente planta
Que á Dios su ánimo libre se levanta.
Ven pues, oh! deidad bella!
Fácil desciende del escelso cielo
Do te acogiste abandonando el suelo
Con vicios mil manchado;
Y cual radiante estrella
Conduce al engañado
Mortal; tu luz su espíritu ilumine;
Y el orbe entero á tu fulgor se incline.
Yo en tu gloria embebido
Siempre te aclamaré con frente osada;
Y á tu culto la lengua consagrada,

En mi constante seno
Un templo te he erigido,
Do de tu númen lleno
Te adoro, alma verdad, libre si oscuro,
Mas de vil miedo; y de ambicion seguro.
Por tí cuanto en su instable
Inmensidad el universo ostenta,
O el Altísimo en gloria se presenta
Como posible existe :
Que en su mente inefable
Tú el prototipo fuiste,
A cuya norma celestial redujo
Cuanto despues su infinidad produjo.
Y eterna precediendo
Del tiempo el vuelo rápido, inconstante,
Mientras se pierde el orbe en incesante
Deleznable ruina,
Por tí propia existiendo,
Ante tu luz divina
Al sistema faláz el velo alzado
Y el error ves cual niebla disipado.
Y centro irresistible
Del humanal deseo, cuanto hallara
Sagaz en la ancha tierra, y en la clara
Region del alto cielo
Su teson invencible,
Todo al ferviente anhelo
Lo debe, ó pura luz, con que la mente
Te busca inquieta, y tus encantos siente.
En ellos embebido
A Siracusa el griego á saco entrada
No ve; y herido de la atroz espada
Da su vida gloriosa :
Y el gran Newton subido
A la mansion lumbrosa
Cual genio alado tras los astros vuela;
Y al mundo absorto la atraccion revela.
¡Oh augusta, firme amiga
De la escelsa virtud! Tú al sabio oscuro
Que adora de tu faz el lampo puro,
Cariñosa sostienes
En la ilustre fatiga;

Sus venerandas sienes
De inmortal lauro ciñes; y su gloria
Durar haces del tiempo en la memoria.
O si el triste nublado
De la persecucion, hórrido truena,
Tú le confortas, y su faz serena
Escucha el alarido
Del vulgo fascinado,
Contra sí embravecido;
O á la infame venganza que maquina
En las tinieblas su fatal ruina.
Asi en plácida frente
Pudo el divino Sócrates mostrarse
Al frenético pueblo, y entregarse
A sus perseguidores,
Que la copa inclemente
Le ornaste tú de flores,
Y en su inocente diestra la pusiste,
Y en néctar la cicúta convertiste.
Mártir él generoso
De tu escelsa deidad asi decia,
El tósigo mirando : vendrá un dia
Que útil al mundo sea
Mi suplicio afrentoso;
Y la verdad se vea
Con el gran Dios de todos acatada,
La vil supersticion por tierra hollada.
Del punto que propuse
Impávido anunciarla, el error fiero
Alzar contra mi pecho su impío acero
Vi con diestra ominosa :
A morir me dispuse,
En la empresa gloriosa :
Dócil, mas firme abrazo las cadenas
Con que hoy me oprime la engañada Atenas.
Si Anito me persigue.
Le perdono, y al crédulo Areopago;
Y muriendo, á la patria satisfago
El feudo que la debo.
Hoy mi virtud consigue
Su prez; el caliz bebo
Con que me brinda el fanatismo impío;

Y ¡oh Ser eterno! en tu bondad confio.
Asi dijera el sabio;
Y el tósigo letal tranquilo apura.
Inmóvil le contempla en su amargura
Fedon : Cebes y Crito
Con desmayado labio
Gimen . al vil Melito
Critóbulo maldice ciego de ira,
Y él en los brazos de Platon espira :
Cual la encendida frente
Hunde escondido en nubes nacaradas
En las sonantes ondas, recamadas
De sus rubios ardores,
El Sol resplandeciente :
En pálidos fulgores
Fallece el dia, y su enlutado velo
La noche tiende por el ancho cielo.

D. Juan Melendez Valdes.

LETRILLA.

Poderoso caballero
Es Don dinero.
Madre, yo al oro me humillo
Él es mi amante y mi amado;
Pues de puro enamorado
De continuo anda amarillo :
Que pues doblon ó sencillo,
Hace todo cuanto quiero;
Poderoso caballero
Es Don dinero.
Nace en las Indias honrado
Donde el mundo le acompaña,
Viene á morir en España,
Y es en Génova enterrado :
Y pues quien le trae al lado
Es hermoso aunque sea fiero,
Poderoso caballero
Es Don dinero.
Es galan y es como un oro,
Tiene quebrado el color,